

ANTONIO MACHADO EN LAS TIERRAS DEL SANTO REINO

Por LORENZO POLAINO ORTEGA

Para mí, los tres más grandes poetas de los dos últimos siglos de España son Bécquer, Rosalía y Antonio Machado. Yo conocí a Antonio Machado durante los años 1920 a 1924, en que yo estudiaba como alumno del Instituto de Baeza, donde Machado estaba de Profesor, aunque su alumno principal y muy querido fuese Rafael Láinez Alcalá, luego Catedrático de Historia del Arte, natural de Peal de Becerro, y asimismo muy amigo mío.

Don Antonio vivió en un principio en el «Hotel Ambos Mundos» de la calle de San Pablo, de Baeza, donde nosotros, estudiantes, igualmente nos hospedábamos, y comíamos en una mesa redonda, mientras D. Antonio comía en una mesita individual, y su sola presencia nos imponía seriedad y silencio, a pesar de su constante cara de bondad. Después vivió en casa propia, frente al edificio del Ayuntamiento, y junto a la librería donde comprábamos nuestros libros de texto.

Entre ambos domicilios estaba la farmacia de Almazán, donde él tenía su tertulia, aunque era persona normalmente solitaria, de grandes paseos por los ocho kilómetros que separan Baeza de Ubeda, y por la ronda de circunvalación de las murallas de la primera ciudad. Durante su estancia en Baeza, con su americana poco ajustada, los bolsillos llenos de papeles y el sombrero deformado, tuvo pocos amigos más.

Normalmente, desde las murallas de Baeza, se ve la Sierra de Cazorla, y ésta le atrajo de una forma especial, como años después atrajo a otros dos profesores sevillanos, a quienes yo acompañé por esta Serranía, Jesús y José Pabón, y aunque el

primero supo explotar más sus investigaciones históricas, con su biografía de Cambó, era el segundo y mayor quien científicamente caló más hondo en aquélla, siendo Catedrático, poco después, de Griego en la Universidad Central.

Don Antonio Machado explicó primero francés, pero, no estando esta Cátedra en Baeza a la sazón dotada formalmente, al quedar vacante la de Preceptiva e Historia Literaria, explicó esta materia, que fue en la que yo le conocí más.

Recuerdo una anécdota curiosa que refleja con exactitud la fina psicología de Don Antonio: en la clase de francés había un muchacho, gordete y mofletudo, a quien Don Antonio, que suspendía muy poco, tuvo que suspender. Cierta día encontró Don Antonio en la calle al padre del alumno, tratante de ganado y de las mismas características fisonómicas que su hijo. Este le dijo al Profesor: «¡Qué, Don Antonio, que usted es muy listo: le basta con ver a un alumno para conocer si sabe o no la asignatura!». Y Don Antonio le contestó: «¡y a veces me basta con ver al padre!».

Durante su estancia en Baeza, él dedica a las tierras del Santo Reino innumerables poesías, que, con ligeras variantes de unas ediciones a otras, han sido recogidas en distintas colecciones de los poemas de Machado por tierras de Jaén, y que yo podría clasificar, sin menoscabo de las diferencias resaltadas entre Baeza y Ubeda, en las relativas a Viajes, Campos y Sierra de Cazorla.

A continuación transcribo algunas de ellas, por el mismo orden en que yo las conocí entonces, y puntualizo algo de lo referente a los poemas sobre la Sierra Cazorleña, que por cierto yo conocía mejor que quien le sirvió de guía por ella, el Profesor Láinez Alcalá.

A) Diferencias entre Baeza y Ubeda.

Entre Ubeda y Baeza
—loma de las dos hermanas:
Baeza, pobre y señora;
Ubeda, reina y gitana—.

Baeza, con sus soportales, con su antigua Universidad, hoy Instituto, con su palacio de Jabalquinto, luego seminario menor, con su Catedral pequeña y renacentista con los escudos de las familias hidalgas del Santo Reino, con su bellissimo palacio-ayuntamiento, con su templo de San Francisco, «sinfonía inacabada», con su Depósito de sementales en otro viejo palacio, con su histórica e historiada plaza del pópulo, con su muralla y paseo que miran al Guadalquivir, y con sus muchas casonas-palacios, tiene un conjunto urbano muy singular e interesante. La hicieron los hidalgos del lugar:

«Baeza la renombrada,
nido real de gavilanes,
de los moros de Granada
tiñen en sangre su espada
tus valientes capitanes».

Ubeda fue obra de un solo hombre y su stirpe, Don Diego de los Cobos, Secretario de Estado de Carlos V y Marqués de Camarasa. Sus Palacios e Iglesias son más suntuosos y están más distribuidos: viejo Hospital de las Cadenas, Palacio del Deán Ortega, luego Parador del Condestable Dávalos, Iglesia del Salvador, con su destruida escultura de Miguel Angel, Casa-Palacio del Ayuntamiento, Casa-Palacio de la Justicia, Convento y Celda de San Juan de la Cruz, «mi medio frailecico», al decir de Santa Teresa...

B) Viajes.

Ya en los campos de Jaén
amanece. Corre el tren
por sus brillantes rieles,
devorando matorrales,
alcaceles,
terraplenes, pedregales,
olivares, caseríos,

praderas y cardizales,
montes y valles sombríos.

... ..

La luz en el techo brilla
en mi vagón de tercera.

... ..

resonante,
jadeante,
marcha el tren. El campo vuela.
Enfrente de mí, un señor
sobre una manta dormido;
un fraile y un cazador
—el perro a sus pies tendido—.
Tren camina, silba, humea,
acarrea
su ejército de vagones,
ajetrea
maletas y corazones.

Soledad,
sequedad.

Tan pobre me voy quedando,
que ya ni siquiera estoy
conmigo, ni sé si voy
conmigo a solas viajando.

... ..

Seguimos. Olivares. Los olivos
están en flor. En el carricoche lento,
el paso de dos pencos matalones,
camina hacia Peal. Campos ubérrimos.

... ..

¡Torreperogil!
Quién se quedara hecho torre
cerca del Guadalquivir.

C) Campos.

Desde mi ventana,
¡campos de Baeza!,
a la luna clara

.....

campo, campo, campo.

Entre los olivos,
los cortijos blancos.

Y la encina negra,
a medio camino
de Ubeda a Baeza

.....

Aznaitín relampaguea:
es la piedra donde afilan
sus cuchillos las tormentas.

.....

En Garciez

hay más sed que agua:
en Jimena, más agua que sed.

.....

¡Qué bien los nombres ponía
quien puso Sierra Morena
a esta Serranía!

D) Sierra de Cazorla.

Río Guadalquivir,
te vi en Cazorla nacer,
ahora en Sanlúcar morir.
Borbollón de agua clara
debajo de un pino verde;
tu música qué bien sonaba.
En la Sierra de Quesada
hay un águila gigante,
verdosa, negra, dorada,
siempre las alas abiertas.

Es de piedra y no se cansa.
Pasando Puerto Lorente,
entre las nubes galopa
el caballo de los montes.
No se cansa, es de roca.
En el hondón del Barranco
se ve al jinete caído
que alza los brazos al cielo.
Los brazos son de granito.
Y allí donde nadie sube,
hay una Virgen pequeña
con su río azul en brazos.
Es la Virgen de la Sierra.

Numerosas poesías más, ofrecidas a veces con ligeras variantes en las diversas ediciones que las contienen, dedica Don Antonio Machado a los viajes, paisajes y sitios del Santo Reino, y de la Sierra de Cazorla. Mas como muestra baste con lo transcrito. Y, en todo caso, cabe a su respecto hacer la observación de que la relativa al nacimiento del río, tanto por la forma de describirlo como por el lugar de entrada a la Sierra a que se alude, más se refiere al del Guadalentín —luego Guadiana menor—, que nace algo más allá que el Guadalquivir, y cuyo acceso se efectúa por el camino de Tiscar, Santuario de la Virgen de la Sierra, que concentra a romeros del Adelantamiento de Cazorla, de su Sierra y de muchos pueblos de los Montes de Granada, hasta llegar a Campotejar y Montejicar.

De todas formas, no he querido ahora, de propósito, ocuparme de la bibliografía que sobre Antonio Machado escriben dos paisanos ilustres, el profesor Láinez Alcalá y el magistrado Rodríguez Aguilera, limitándome, en cambio, a utilizar mis conocimientos personalísimos y de entonces de la cuestión, algunos relativos incluso a datos biográficos, no recogidos por nadie, como el enamoramiento del Profesor de cierta dama baezana, quien por cierto no correspondió al poeta, aún viva con todos sus vástagos, y cuya familia, hidalga y muy rica, es muy allegada mía.